

CAÑERO

CONTRA

EL CANCER



El Triunfo del
Revolucionario
en Mexico

LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO

Año III

Núm. 11

ANTONIO

CAÑERO



**30
CTS.**

Relación
documentada, por
J. Sánchez Moreno



LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES;
Valencia, 234 - BARCELONA - Apartado 707

Año III

Núm. 11

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS



ANTONIO CAÑERO

"El torero de guante blanco"

Interviú celebrada
por

J. SÁNCHEZ MORENO

□□□□□□

CON ESTE NÚMERO SE REGALA
UNA POSTAL DE ANTONIO CAÑERO

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

Antonio Cañero

"El torero de guante blanco"

PORTICO

El Duque de Anjou, nieto de Luis XIV de Francia, vino a España en enero de mil setecientos uno, a instaurar la dinastía borbónica, y para festejarle se dió en Bayona un gran combate de diez toros, con varios alanceadores en campo cerrado.

A Felipe V no le gustó la fiesta nacional, pues a preguntas de sus aduladores palatinos contestó:

—*J'en ai assez de cornes.*

Y prohibió las corridas de toros; que volvió a permitir en el año mil setecientos veinticinco en su segundo reinado, para congraciarse con el pueblo; pero en el transcurso de esos veinticuatro años murió el toreo a la jineta, practicado por los nobles españoles ayudados por los toreros a pie, plebeyos criados de la fiesta hidalga, en la que un éxito del caballero era pagado a veces con los besos perfumados de alguna dama de ringorrango, que ponía su corazón en la agilidad de la jaca y en la maestría de su jinete, para sacar indemnes los ijares del noble animal.

Así acabó la bella fiesta galante, dando paso al toreo de a pie, hoy tan deprimido por los

toreros, que antes de *aprender* a tener valor, aprenden el *charlestón*, para equivocarse con harta frecuencia el ruedo con el *cabaret*.

Así feneció el toreo de a caballo, cuyos orígenes se hallan en los caballeros árabes, y su grandeza de hermosa fiesta pagana en la envidia de la propia Grecia, que rendía culto al caballo con sus carreras de cuádrigas.

De esa noble lucha del caballo y el toro, no nos quedaba más que algunas estampas de las corridas dadas en la Plaza Mayor de Madrid, en la época del reinado de Carlos III. A eso quedó reducida la fiesta estética, de la que fué célebre figura el magnífico Villamediana, alentado en sus triunfos por unos reales ojos y unos ojos reales.

Y un día apareció un caballero arrogante como un gladiador, simpático, cortés, distinguido en sus modales, con cara morena y ojos vivaces, como una reencarnación de aquella época. Vestido de chaquetilla corta de rizados alamares; chaquetón de coderas, colgado en la silla; pañuelo abrazando el pecho, polainas de cuero, y zajones sujetos a las piernas; tocado con sombrero ancho blanco; jinete erbrioso alazán, dispuesto a darle los antiguos fueros a la fiesta bravía, con el fuego sagrado de su valor, su entusiasmo, su juventud, su afición y sus facultades.

Llegó y venció. Era Antonio Cañero.

Al espectáculo brutal, lo redimió con la lozanía de un difícil arte nuevo y tan viejo. Per-

fumó las plazas de toros de bellezas, y las engalanó con la nota simpática de sus admiradoras femeninas.

Desterrados los claveles en el pecho y en el pelo de las mujeres, y desterradas éstas de los circos taurinos, las ha hecho volver a los tendidos con la fragancia perfumada de los claveles de sus labios, por el milagro de su arte, de su valentía, de su figura y de su simpatía.

A la varonil arrogancia del jinete, falta la esbelta figura de mujer a la grupa, como en las ferias andaluzas, pero en cambio, le siguen las miradas de las espectadoras, estela de romanticismo y de leyenda.

Al salir a la plaza, recibe la primera ovación de la tarde, que recoge dando la vuelta al ruedo, de cara al público, en un alarde de gran caballista, sonriente, ligeramente inclinado con una elegancia dicióchesca, dentro de su majeza torera.

A los alardes de destreza, une el colorido y la estética.

Como si todo esto fuese poco—con ser tanto—hay que añadir su pericia en el difícil arte de rejonear. Corre a la res por el ruedo, clava el rejón, e incita al toro a seguirle, demostrando sus imponderables dotes de caballista. Con las banderilas, juguetea, y las clava en lo alto del morrillo con suavidad y elegancia.

Se describe con suma facilidad la lidia a caballo de Antonio Cañero, sin embargo, la rea-

lización está llena de dificultades, vencidas únicamente, con una gran maestría de domador y una valentía de torero que expone la dignidad profesional en el ejercicio de las suertes.

Hay que dominar a los dos enemigos para vencer al uno (el toro) y salvar al otro (el caballo). Este, por instinto, huye del cornúpeto, y sólo Cañero, pisa los terrenos de los toros con audacia, acoplando la lidia a las condiciones de éstos; cualidad personal, que no logran vencer sus imitadores.

Cuando el toro no muere de los rejones, tira pie a tierra—como el Conde de los Arcos, que según cuenta la leyenda, murió al desmontarse para desenvainar su espada y rematar al toro—y pasa de muleta empapando, templando y llevando toreada a la res, dando pases sentado en el estribo, con temeridad y salsa torera, para dar la estocada en los rubios, entrando derecho, cruzando bien y saliendo por los costillares.

Lo mismo a pie que a caballo es un valiente y un torero, predominando en él, dentro de la majeza torera, el porte señorial de un Pedro Fernández de Andrada, de la Maestranza de Sevilla, cuando a los grandes de España se les enseñaba “los principios y primeros rudimentos de la Jineta para hacerlos grandes hombres de a caballo”.

Este es Cañero en el ruedo. Un gentil torreador, como le llaman los franceses, o un to-

rero de guante blanco, como le decimos nosotros.

— ¿Quién con más méritos para figurar en la selecta colección de LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO?

Hasta hoy ninguno.

Sumando a todo lo expuesto, que Cañero es un renovador e innovador del toreo, puesto que su arte, lleva el sello inconfundible de la raza de la bella Córdoba, patria chica de El Gran Capitán. Con la innovación de darle la gallardía torera al rejoneo, ha renovado el arte de torear a caballo, con el traje campero, exhibiendo unas *instantáneas* de la vida del campo andaluz; de la convivencia del toro, el caballo y el hombre en las dehesas; de la vistosidad y alegría de una vida española, que todavía no había sido exportada al extranjero en panderetas.

Pudiendo ostentar el nombre de Caballero de Plaza, ha salido como rejoneador, matando esa mixtificación de todeo a la portuguesa, e imponiendo el toreo a caballo de emoción, más expuesto, pero más nuestro; y por ende, más natural y más apreciado por este público buscador constante de la tragedia, y aclamador del que sabe salvarla con el arte y el valor, en la forma pintoresca y graciosa que lo hace Antonio Cañero, cautivador de la simpatía del público, hasta en el insignificante detalle del saludo al recibir las ovaciones, ligeramente inclinado, sonriente, elegante, como si recogie-

ra los laureles envueltos en la fragilidad de corazones de mujer, igual que aquel famoso Villamediana, que puso en su divisa: "Son mis amores reales".

Bella fiesta hispana en la que contendieron reyes: Carlos V lidió toros en Valladolid para festejar el natalicio de Felipe II, el austero Monarca que hubo de desatender las peticiones que el reino, junto en Cortes, le dirigiera solicitando que fueran abolidas las corridas de toros; a Fernando VII no había chispero que le igualara en inteligencia torera; Felipe IV toreó en Madrid.

El Conde de Buelna, don Alvaro de Luna, y tantos otros nobles, son los ascendientes del rejoneo mejorado por Cañero, como ellos, caballero y valiente.

Cordial recibimiento

Confiados en la benevolencia del gran caballista y gran torero, nos atrevimos a pedirle una entrevista para enterar a los lectores de LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO, de todo lo interesante de la vida del diestro; doblemente subyugante por tener un público femenino y elegante, que del clásico "camino de los toros" ha hecho una ida a la carreras del Hipódromo o Longchamps.

Gentilmente atendió nuestra súplica, declinando modestamente el honor de la publicidad de nuestra conversación. Departiríamos

amistosamente, pero nada más. El plan era un poco difícil para nuestra misión indiscreta, de informadores del público, pero insistimos, con el temor de que callara lo más interesante y desconocido de su arriesgada vida de aventuras, que teje una linda leyenda en la imaginación de sus innumerables admiradoras.

Nos citó, en el hotel que se hospedó, el día que empezaba su temporada taurómaca. Un hotel elegante, serio, señorial, que no admite las algaradas de color de un torero en día de corrida.

Acudimos puntuales y fuimos recibidos con amabilidad por don Antonio Cañero.

Su habitación, con la frialdad característica de las de todos los hoteles, tenía el calor de elegancia por los detalles tan nimios, como son un albornoz, un pijama, etc. La prestancia taurina del sombrero ancho y zajones, que esperaban a su dueño, caídos en una pequeña y coqueta butaca, no tenían el alarde chillón y grotesco de la flamenquería; por el contrario, daban un carácter de señorío, adecuado al ambiente de la sala.

Cañero, alto, de figura fuerte, varonil, con su sonrisa a flor de labio nos invitó a sentarnos.

Le obedecemos al momento; porque estas conversaciones, que nosotros auguramos cortas, con el ánimo de no molestar, siempre se alargan más de lo debido, ya que a cada nuevo descubrimiento de la biografía del diestro, que-



Valiente con el caballo y con el toro, burla con agilidad y gracia las acometidas de éste.

Foto Mateo.

remos sondear su memoria y su alma, arrancándole a veces secretos, cuya promesa de guardarlos se rompe en el momento que la pluma vibra en nuestras manos. Menos mal que lo hacemos sin malicia, con el orgullo del sabio que ha descubierto algo nuevo, con la satisfacción del cirujano que ha llegado a profundizar con el bisturí, con éxito franco más allá de donde suponía. Con muy buenas intenciones, con manifiesto orgullo y satisfacción, pero con la indiscreción más absoluta, y condenable por parte de la víctima caída en nuestras manos.

¡Y es que somos así, y en casa todos somos iguales!

Lo que cuenta Cañero

Para no demostrar nuestra agresividad de informadores, charlamos de asuntos taurinos con la grata sorpresa de buenos aficionados, de coincidir en apreciaciones.

Y, empezamos a torturar al simpático rejonador:

—¿Es usted cordobés?

—Desde que nací—bromea riendo.

—Aunque me mienta usted, le voy a hacer la imprescindible pregunta: ¿cuántos años tiene?

Cañero, rápido, sin meditar ese tanteo ya habitual hoy día de restarse años, nos contesta:

—Soy mayor de edad; por lo tanto responsable de mis actos.

—¿Por qué pensó hacerse torero de a caballo?

—Nunca pensé en ello; era aficionado al caballo y al toro, porque soy andaluz, y hubiese sido tan extraño, que no me gustaran estos deportes españoles, como que a un inglés no le entusiasmara el boxeo y el fútbol.

—A propósito, ¿qué opina usted de la intromisión de estos deportes en España?

—Creo que es un bien como cultura física; pero como espectáculo, en el norte tendrá siempre entusiastas partidarios, pero en el sur, es un deporte, el boxeo, que no puede arraigar.

—¿Por qué?

—Por sentimentalismo: si contienden dos hombres en igualdad de potencias, el público lo soporta; y se subleva, si el más fuerte vence al más débil.

—Es un sentimentalismo muy humano: yo siempre he sentido antipatía a un vencedor del boxeo, y me he indignado de ver al público aplaudirle. Me ha causado el mismo efecto que si aplaudiesen a un toro, después de dar una cornada a un torero.

Cañero, calla.

—Así es que su afición nació con usted—preguntamos.

—Sí, señor.

—En su familia, ¿ha habido algún ascendiente profesional del toreo?

—Ninguno. En mi familia, bien acomodada, no hubo diestros... más que en el caballo. Mi padre (q. g. h.) era un excelente caballista, y por compromisos de amistades daba lecciones en su picadero, donde a mí y mis hermanos nos enseñó.

—De ese picadero ¿han salido también picadores de fama?

—Varios mozos de cuadra del picadero llegaron a figurar como grandes picadores en la última generación de esta suerte de varas, tan malparada en los tiempos que corremos.

—Tengo entendido que un hermano de usted murió de un accidente...

—El pequeño; lo mató un caballo de una coz en el corazón—ataja tristemente.

—¡Horrible desgracia!—comentamos, conmovidos por el tono de su voz velada por la pérdida del ser querido.

—El mayor—prosigue—es Comandante Profesor de Equitación.

—Usted también ha vestido el uniforme del Ejército.

—Me he honrado vistiéndolo, y lo sigo venerando con un culto de entusiasta patriotismo. Siendo oficial del ejército, empecé a tomar parte en concursos hípicas, ganando copas en España, Francia y Portugal.

Después, por el año mil novecientos trece, comencé a rejonear en corridas benéficas.

—¿Con quién alternaba?

—Con don José Pérez de Guzán y don Julián Cañedo, dos aristócratas, que siempre han puesto sus entusiasmos de aficionados a toros, en las fiestas benéficas.

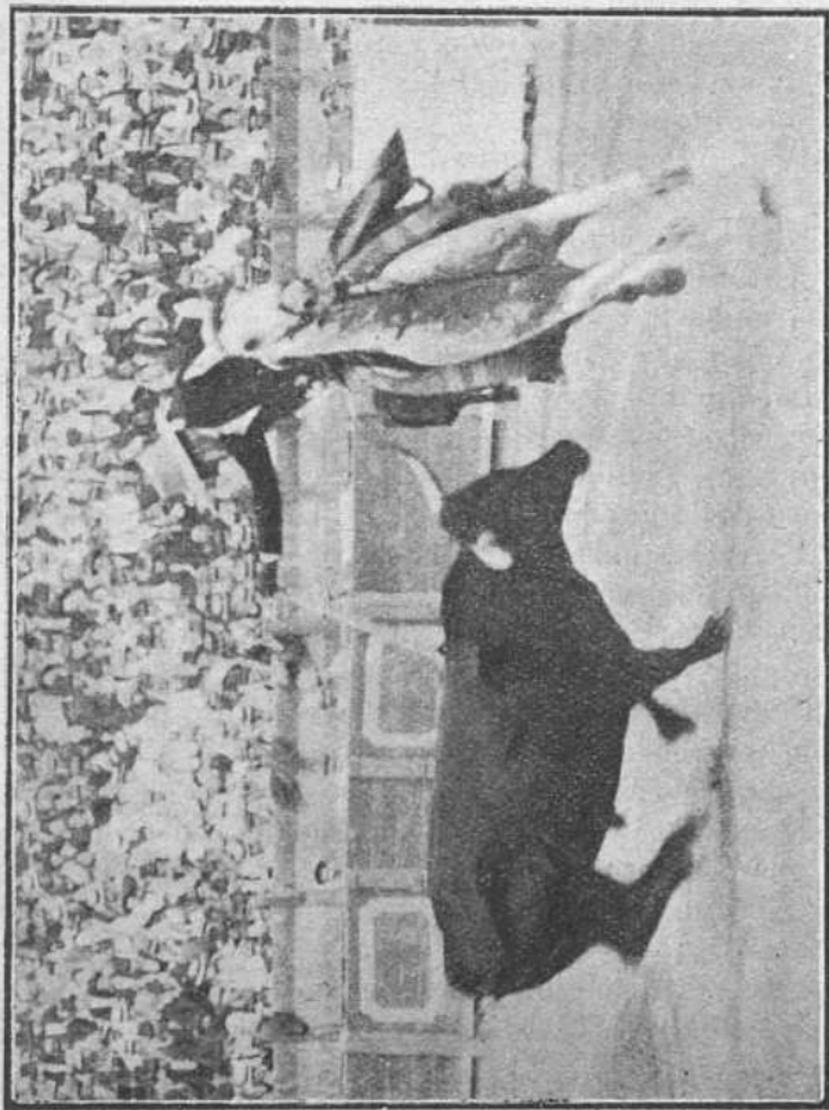
Torero, cobrando

—¿Estuvo mucho tiempo toreando desinteresadamente?

—Bastante. Hasta el día dos de septiembre del año mil novecientos veintidós, en San Sebastián, no cobré ninguna corrida, y empecé el mil novecientos trece.

—En ese mes ya iría la temporada decayendo.

—Pues, así y todo, tomé parte en veintitrés corridas.



Emocionante y estupendo par de banderillas que, con firmeza y facilidad,
coloca Antonio Cañero. *Foto Iglesias.*

—Este es el mayor elogio que se puede hacer de su trabajo.

—Pongo mi gran afición y mi voluntad...

—Y su valor y sus dotes de caballista— seguimos nosotros.

—Y el público su entusiasmo y benevolencia.

—El público, no pone más que la justicia, don Antonio.

—Gracias por su juicio.

—¿Y los años siguientes?

—El año mil novecientos veinticuatro, llegué cerca de las sesenta corridas, y perdí quince por la luxación de un brazo, causada por un toro de la gaandería de Juan Terrones, toreando en la plaza de Murcia.

—¿No tuvo más cogidas ese año?

—Otra, en Badajoz, por un toro de Palha, al torear a pie.

—Recuerdo perfectamente que se libró usted de una cornada en el vientre, por su valor y sangre fría.

—El instinto de conservación puede a veces más que los toros.

—¿Al siguiente año...?

—Tuve suerte—dice modestamente—, formé parte de los mejores carteles en las plazas de más categoría, llegando a torear setenta corridas.

—Fué el año que intervino como embajador de nuestra fiesta nacional en París.

—Allí terminé la temporada.

—Con brillante éxito, pues leí la prensa francesa que lo acogió como usted se merece.

—No—disculpa Cañero—; que hay más afición al caballo y la novedad.

—¡Siempre restándose méritos!

—De resultas de una cogida, sufrida en Bilbao, por un toro de Montoya, perdí más de la mitad de la temporada del año mil novecientos veintiséis.

—¿Cuándo estuvo usted tan grave?

—A las puertas de la muerte, por sobrevenirme la peritonitis, de la que me salvó ese mago de la ciencia que se llama doctor Moreno Zancudo.

—Aún convaleciente, empezó usted en Lisboa, ¿verdad?

—Sí, me dieron tres corridas seguidas en Campo Pequeño, la plaza de más importancia de la tierra de los “Cavaleiros”.

—Creo que delinquiró matando un novillo en una de estas fiestas.

—Sí, la primera vez que se mató en Portugal, y con la alevosía de ser en presencia del Gobierno y con su consentimiento.

—Y ¿siguió en España, la temporada?

—No; llegué con la mano izquierda lesionada y perdí los contratos que tenía firmados hasta agosto, que reaparecí en el norte, obteniendo bastantes éxitos.

—¿Nada más?

—Saqué herida la mano derecha al banderillar un manso, perdiendo más corridas por

el percance, terminando la temporada en Madrid.

Una verdadera apoteosis fué esta fiesta de final de temporada, que dejó entre la afición el ansia de la próxima para admirarlo como aquella tarde.

Ya se sabía quién era Cañero, y sin embargo, toda la Prensa madrileña se ocupó extensamente de su actuación, como si hubiese sido el descubrimiento de un "fenómeno".

Fué, lo que en el argot taurómico se llama una tarde completa de un gran torero.

Cogidas importantes

—¿Qué cogidas de importancia ha tenido?

—Ls ya enumeradas, aunque puede decirse que las cornadas más graves las he recibido antes de cobrar un céntimo de la fiesta taurómica.

—Se conoce que los toros no tenían en cuenta su altruísmo.

—No tenían en cuenta más que los años; cinco años y carnes.

—¿Usted no le temía al ganado grande?

—Por eso me han "calao" los toros. La primera grave fué en Córdoba, el día siete de enero del año mil novecientos diez y siete, y fué doble: una cornada en el muslo derecho, y otra en el cuello.

—Sobre todo, la segunda era de pronóstico.

—De pronóstico grave, tanto, que me viaticaron.

—¡Como para no ver los toros ni desde una andanada!

—La afición empuja.

—Pero hace daño.

—La otra, en el mismo año, fué en el vientre con salida de intestinos, toreando en Palma del Río, de la provincia de Córdoba. De ésta me quedó un recuerdo de dos años hasta que nuevamente me operaron.

Y la tercera, del citado año, fué en la plaza de San Roque, entre Ronda y Algeciras, en una rodila, con una curación larga y penosa.

—Y al año siguiente a los toros otra vez.

—No pude; estaba obligado a volver al activo, y permanecí tres años en la Comisión Informativa, aseediendo en esta época a capitán.

Una tarde de emoción

—¿Descanzó los tres años?

—¡No había más remedio!—dice con pena el diestro.

—¿Cuándo ha sentido usted más alegría de ser torero?

—Cuando no lo era...

—¿Se arrepiente de su brillante vida taurina?—le decimos como un reproche, a su larga vida de éxitos conquistados.

—He querido decir, cuando no era profesional.

—¡ Ah!

—Toreando la corrida patriótica, que se organizó en Madrid, patrocinada por Su Majestad la Reina, y en la que intervino con fe la Marquesa de la Corona.

—Por cierto, que organizó un cartel como merecía el fin benéfico.

—Todos trabajamos con gusto, y emocionados, créalo usted.

—Estuve en la corrida, y sentí, como todos, la magnanimidad del acto y el patriotismo; ese patriotismo que no se arranca con palabras huera de orador, ni con artículos servidos por una pluma encauzada por un programa político.

—Es verdad; estos actos son imposibles de contar y de escribirlos.

—Aquella tarde alternó usted con el capitán señor Botín.

—Rejoneamos los dos. Y de a pie, figuraron El Gallo, Sánchez Mejías, Granero, Chicuelo, Belmonte y Juan Luis de La Rosa.

—También toreó en Sevilla aquel año, la corrida a beneficio de la Cruz Roja.

—Sí, a petición de los infantes don Carlos y doña Luisa. Créame, sinceramente, que los dos éxitos de estas corridas, me decidieron a ser profesional.

—Estaba usted obligado, ya que vino creando y renovando un arte.



Los terrenos de adentro se han hecho para los valientes
como Cañero. *Foto Mateo*

—Del cual han salido trotes.

—España es el país de los imitadores.

—Yo me alegro; a ver si queda implantada
en el toreo esta suerte tan olvidada.

—El año mil novecientos veintidós, ¿actuó
en fiestas taurinas?

—Hice una salida a Francia, debutando en Dax.

—Con éxito, seguramente.

—Les gustó a los franceses tanto, que recorrí todas las plazas del sur de Francia.

Después volví a Sevilla, a insistentes ruegos del crítico taurino "Don Criterio", a torear en la corrida a beneficio de la Asociación de la Prensa. Entonces empecé a recibir ofertas de las empresas; no obstante, titubeé hasta mi presentación en San Sebastián en la fecha que le he dicho.

La temporada que comienza

Con buenos auspicios empieza la temporada actual, de la que lleva toreadas unas cuantas corridas con éxito. Afanosos de dar detalles le decimos:

—Esta campaña comenzada será un colofón a sus triunfos.

—Eso espero, ya que las empresas me hacen ofertas de éxito financiero; esperando que el éxito artístico se acople a aquél, si los toros quieren.

—¿Viene bien entrenado?

—Me he pasado un descanso de temporada, trabajando mucho en la doma de caballos.

—¿En Córdoba?

—A seis kilómetros.

—¿En su cortijo Córdoba Vieja?

—Sí; es una propiedad que me gusta por

su valor histórico, pues está amurallada por Carlos III, y la casa fué construída por Lagartijo el Grande.

—Una herencia artística por derecho propio.

Cañero, muestra en su tostado rostro el anhelo de ocupar (como ha venido ocupándolo hasta hoy) uno de los primeros puestos del escalafón taurino, poniendo en sus planes la vehemencia de un principiante.

El verle, no da la sensación de estar ante un torero consagrado por la fama, sino ante un chico decidido a “tirarse” en el quinto toro.

Una gran noticia

—Se oye hablar, entre los aficionados, de una competencia entre usted y un rejoneador portugués, y desearía saber si es un infundio de la afición, o una realidad.

Hemos querido abordar esta cuestión palpitante, porque el referido rejoneador, tiene compromisos con el inteligente empresario de toreros don Eduardo Pagés, y naturalmente, esto sería un obstáculo para la realización del torneo de caballeros a la antigua usanza.

Cañero, responde:

—Es cierto.

—¿Dónde será el debut?

—En la Plaza Monumental, de Barcelona.

—Pues será un atrayente espectáculo tau-rino.

—Seguramente.

—Adelántenos algo de esta competencia.

—¡Ahí va!

—Venga el notición de la temporada.

—Primero, rejonearé yo un toro de pun-tas, que de no ser muerto por los rejones, echa-ré pie a tierra y lo mataré. Después, el otro rejoneador de la nación vecina toreará otro toro de bolas al estilo de su país, devolvién-dolo al corral, sino muere por los rejones. Y para final, los dos torearemos a caballos un toro de puntas, que rematará un novillero de ser necesario.

—¡Estupendo programa !

—¿Le gusta?

—Mucho, y creo que a la afición le va a gustar más.

—Pues puede usted adelantar la noticia.

—¿Para qué fecha?

—En el mes de junio, que es cuando Pagés terminará su contrato con el caballista lusi-tano.

—¡Lo que va a sufrir la afición barcelone-sa esperando el acontecimiento!

De ante manos saboreamos lo que nos vamos a divertir con una exhibición de tanta impor-tancia e interés.

—¿Cuándo empezará usted en Madrid?

—El día doce del mes de mayo.



Después de dejar mal herido el torero al toro, el jinete hace un
arde de sus facultades como alegoría del triunfo del caballo

Foto Mateo.

El mismo día de la corrida goyesca en Zaragoza.

—¿Con quienes alternará?

—Con Chicuelo, Niño de la Palma y Rayito, que confirmará la alternativa.

—¿Y el ganado?

—De Terrones.

—¡Buen cartel!

—Después torearé la de beneficio de la Cruz Roja.

El tan manoseado asunto de la suerte de varas

Nadie más autorizado que el gran torero a caballo para darnos una opinión autorizada.

—¿Le molestaría a usted hablarnos de la innovación que se estudia en la suerte de varas?

—Al contrario. Le diré a usted lo que le dije a Ferragut en Madrid. La suerte de varas no tiene más solución que picar bien; en cuanto esto se haga, el caballo correrá menos peligro. El repugnante espectáculo de vaciarle la barriga a los caballos es debido a entrar mal, por desconocimiento del manejo del caballo, o por abulia artística.

—Tiene usted razón... y Rafael Sánchez Guerra también.

—Evidentísimo.

—Este es un mal, que viene desde Guerri-

ta, que para quitarle poder a los toros. “autorizaba” a sus varilargueros para que se dejasen coger el caballo, con lo que conseguía que los toros se dejaran la cabeza en el primer tercio.

—Modita que se viene adaptando desde entonces.

—Con vistas a quitarles riesgos a la profesión. En el momento que se pique bien, se habrá solucionado el asunto tan cacareado que no lo van a resolver los petos.

—Sí, la prueba ha sido deficiente.

—Y demostrativa de mis declaraciones publicadas en el “Nuevo Mundo”.

—Pero es que la solución que usted da es la más fácil... y más difícil para ponerla en práctica.

—Hay excepciones, pero generalmente el primer tercio se lleva desastrosamente, por no picar, abusar del capote los peones, mala colocación y mala dirección de lidia, que es lo más importante.

—¿Piensa usted en su retirada?

—Yo pienso torear hasta que tenga el pelo blanco.

—Y cuando esto sea, que va *pa* largo, te lo tintas—le dice un amigo que nos escucha.

—Puede ser—contesta Cañero,

De amores ¿qué?

Vamos a afrontar el delicado tema de los amores, con el temor de que don Antonio Cañero—caballero en plaza y fuera—se refugie ocultando sus intimidades en el biombo de la discreción.

¡Es nuestra calle de la amargura! Comprometidos con la curiosidad del público, no tenemos más remedio que enfocar el asunto con la “mayor discreción”, para luego ser indiscretos con los lectores.

Amistosamente, pretendemos que “el torero de guante blanco” nos cuente algo de su dulce ajeteo amoroso, para confirmar cosas que de boca en boca sabe el pueblo, investigador de los secretos de sus ídolos; que para eso son suyos, para admirarlos, y en sus locos entusiasmos estrujarles el cuerpo cuando salen de un triunfo, y estrujarles el alma cuando salen de una pasión, de un amor, o de una conquista del momento.

El pueblo es absorbente como una amante de cuarenta para arriba, pero con más cariño, aunque con exigencias, sino iguales, parecidas.

No sabiendo cómo empezar, le decimos:

—De amores, ¿qué?

Y nos responde:

—¡De amores, na!

Aventuras en Francia

Una vida extraordinaria, lleva engarzadas como piedras preciosas, las anécdotas, que como aquéllas, son blancas como brillantes, rojas como rubíes, y verdes como esmeraldas.

Nosotros, fieles conocedores del gusto del público, vamos a insinuar el deseo de que Cañero nos cuente algo de color esmeralda.

A nuestro ruego dice:

—Cuenta usted mi primera aventura amorosa que publiqué en “Muchas Gracias”.

—¡Encantado!

—Voy a hacer memoria—dice arrugando el ceño, para recordar lo que escribió.

—Poco más o menos decía así:

“¿Mi primera aventura amorosa?... ¡Yo qué sé!... ¡Ya pasaron tantos años!... Las aventuras que la juventud hace fáciles en los tiempos lejanos de estudiante; luego, las conquistas por esos hipódromos, en los que me presentaba como concursista; después, las hechas en las plazas, cuando empecé a matar toros... ¡Yo qué sé!....

”¡Mi primera aventura amorosa!

”Contaré mi primera aventura amorosa de rejoneador...

”Cuando empezaba, toreando en Francia, después de las halagüeñas experiencias de Sevilla y Madrid, dieron en llegarme cartas de aficionadas francesas, con los entusiasmos pintorescos que nuestras elegantes vecinas de allá

los Pirineos ponen en su simpatía por la fiesta de toros.

”De entre todas se distinguía por su insistencia una joven que me escribía misteriosas tarjetas, a veces acompañadas de “amuletos” que me aconsejaba usar para tener suerte en la plaza. Era tan grande su entusiasmo por los toreros, que en una carta declaraba haber prometido no me acuerdo qué a la Virgen de Lourdes si realizaba su sueño de casarse con un torero, e insinuaba que era yo el torero deseado.

”Por entonces “filmaba” una película de toros, y fué grande mi sorpresa al ver, entre las figuras femeninas que se ofrecieron para “filmarse”, mi romántica admiradora de Francia, a la que ya conocía de verla en las barreras de las plazas.

”Me hice el desentendido, y llevábamos ya varias sesiones sin cambiarnos palabra, cuando un día noté que le habían dado para vestirse uno de los cuartos improvisados, precisamente al lado del mío.

”Me acompañaba un pintor, mi amigo, que hacía parte de la película, y que al subir un día a mi cuarto, creyendo que nadie le oía, dió en hablar solo.

”Mi vecina, figurándose que era yo el que hablaba, pues no me conocía la voz, empezó a suspirar de un modo, que sorprendió a mi amigo. El cual, ni corto ni perezoso, se trabó en un diálogo que terminó con la proposición de



Cañero, en corto, por derecho y perfilándose con el pitón izquierdo, entra a matar, demostrando que a pie también es un "as". *Foto Mateo*

una visita de la vecinita al cuarto que ella suponía habitado por mí.

"Aceptó; corrió, amorosa, a la aventura que buscaba..., y fué tal la cara de espanto que puso al encontrarse con mi amigo, que éste no consiguió describírmela, ni reproducir el grito

que lanzó; grito de sorpresa, de decepción, de disgusto, y que expresaba el fracaso de la aventura que no llevó a cabo.

"Esta fué mi primera aventura... de rejoyneador."

—Muy graciosa por cierto—comentamos riendo, y preguntamos:

—Y después, ¿qué pasó?

—¿Qué iba a pasar?—esquiva el caballero que no alardea de sus conquistas como Don Juan Tenorio.

"Le voy a contar otro caso, de histerismo agudo, muy interesante.

—Somos todo oídos.

—En octubre del año mil novecientos veinticinco, cuando se hizo la exhibición del toreo español en París, me encontraba yo allí, y días antes fuí a ver el ganado, guardado en el sitio destinado a las fieras del antiguo circo romano, donde se dió el espectáculo vistoso de nuestra fiesta nacional.

Las fieras, o sean los toros, se veían desde lo que pudiéramos llamar tendidos, y cerca de nosotros—porque me acompañaba un amigo—había una dama francesa, que yo desconocía, no obstante haberme escrito varias cartas, enviándome medallas para mi protección.

Mi acompañante me dijo que era la admiradora de las misivas acaloradamente efusivas, la cual, persistente, con los ojos desorbitados como de loca, vino hacia mí. Yo huí, saltando del tendido al callejón, y ella detrás,

con menos agilidad y el obstáculo natural de las faldas se engachó un pie, y cayó de una manera lamentable.

Mi amigo, que la conocía—prosigue—, la auxilió, y corrió para unirse a mí. Con paso acelerado salimos a la calle, y después de cruzar varias, volví el rostro y me encontré con el de la admiradora. Fué tal mi estupor, que nuestro común amigo se dió cuenta, y no hallando otra solución nos presentó: “Madame E... Don Canero” (como me llaman en Francia). Y puso una cara, que me dió tanto miedo que eché nuevamente a correr, dejándola en los brazos del otro, donde cayó accidentada.

—¡Pintoresco!

—¡Pobre señora!—comenta él, riendo.

—No podrá usted negar que las mata—bromeamos.

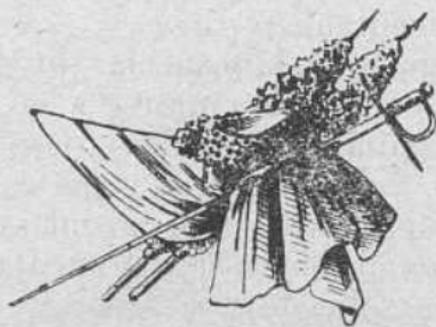
—De ninguna manera; no las mato, pero las dejo con anemia cerebral.

—Según me describe aquella que había avanzado: estaba loca.

—Por eso huí, porque yo no hablo a tontas y a locas.

Reímos el buen humor del valiente rejoneador, y agradeciéndole su “confesión”, nos despedimos “del torero de guante blanco”.

J. SÁNCHEZ MORENO,



Próximamente:

*publicaremos una interesante
entrevista, con todos los datos
biográficos de*

Antonio Márquez

"S. M. El Temple"

*ilustrada con emocionantes
fotografías y una elegante
postal del diestro.*

CELEBRIDADES DE VARIETÉS

Preciosa colección de los artistas de más nombre en este género artístico. Contiene su biografía, anécdotas y creaciones: cuplés, tonadillas, canciones, chistes, colmos, cuentos, historietas. Con cada librito se obsequia a los lectores con una postal firmada por cada artista.

Precio de cada volumen: **30 cts.**

1 Ramper	16 Adelita Lulú
2 Mercedes Serós	17 Imperio Argentina
3 Elvira de Amaya	18 Luisita Esteso
4 Lepe	19 Balder
5 Argentinita	20 Olimpia d'Avigny
6 Chelito	21 Mary Isaura
7 Luis Esteso	22 Moreno
8 Pilar Alonso	23 Dora la Cordobesita
9 La Goya	24 Lucinda de la Torre
10 Casimiro Ortas	25 Toresky
11 Spaventa	26 Isabelita Ruiz
12 Pastora Imperio	27 Adolfo Sánchez Carrere
13 Amalia de Isaura	28 Raquel Meiler, 50 céntimos
14 Lolita Méndez	29 Alady
15 Rico y Alex	30 Alvaro Retana

LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO

Biografías documentadas de los diestros de más nombre. En cada libro exíjase la postal firmada por cada torero.

Precio de cada volumen: **30 cts.**

1 Manuel Báez "Litri"	6 Nicanor Villalta
2 Juan Anlló "Nacional II" ..	7 Valencia II
3 Juan Belmonte García	8 Gallo
4 Pablo Lalanda	9 Barajas
5 Braulio Lausín "Gitanillo".	10 Sánchez Mejías

BIBLIOTECA DEPORTIVA

A cada libro acompaña una postal firmada por el sportman

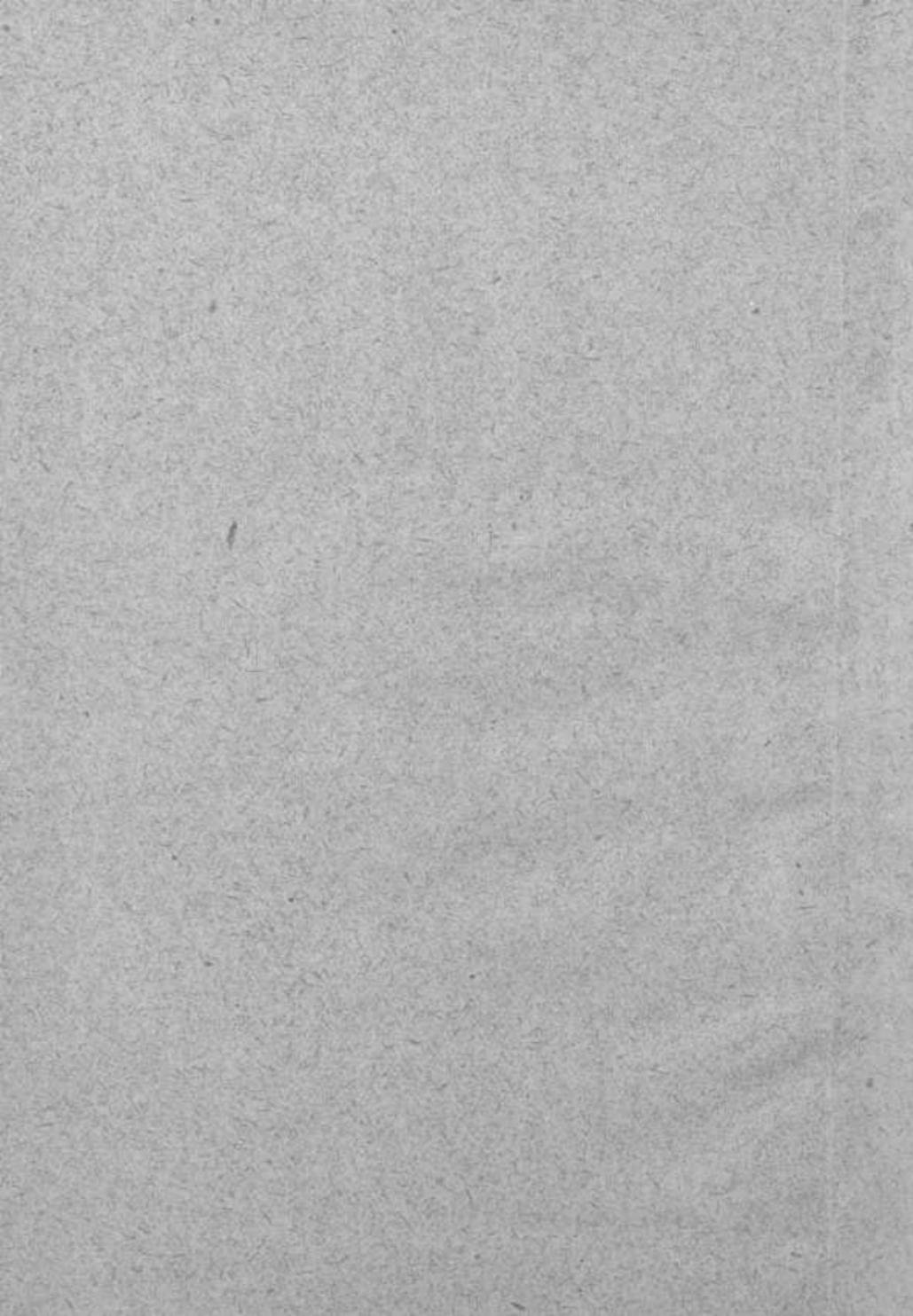
Precio de cada volumen: **30 cts.**

1 Scarone	6 Piera
2 Gironés	7 Ricardo Zamora
3 Uzcudun	8 Tomás Tomás
4 Alcázar	9 Ricardo Alís
5 Samitier	

SOLICITAMOS CORRESPONSALES

Enviamos catálogos gratis. Servimos números sueltos, previo envío del importe en sellos de correo.

Biblioteca Films-Apartado Correos 707-Barcelona



2/685

ENCUADERNACION
NICOL
S. SEPTIMO, 35-VILA

